

cencias, porque no existen formadas anteriormente en nuestra inteligencia. San Jerónimo tuvo razón cuando comparó el arte del silogismo con las plagas de Egipto, y las demostraciones que se hacen por su medio con los importunos mosquitos que salen de los sitios pantanosos (1).»

Con igual ó mayor ardimiento habló Francisco Bacon, contra el cual se publicó últimamente una obra póstuma de José De Maistre, dirigida principalmente á volver por el honor del silogismo. Pero otro filósofo más reciente, que representa una escuela más poderosa, más social y más laboriosa (2), derribó nuevamente el altar aristotélico, considerando el silogismo como la expresión de la sociedad pagana y creyendo que se necesitan nuevas formas en donde el Cristianismo introduce una nueva esencia: este sabio dijo que el silogismo era muy á propósito para demostrar cosas perfectamente conocidas como las verdades teológicas; pero enteramente impropio para producir invenciones, es decir, para dar actividad á las ciencias. En la civilización antigua, en la que se consideraba al mundo como una expiación y los fenómenos como dirigidos por inteligencias, se suponía todo conocido en su esencia, y el silogismo se podía emplear con seguridad. El Cristianismo enseñó leyes prácticas, mandamientos morales; pero en cuanto al mundo, dijo solamente que era nuestro dominio bruto, ininteligente, sujeto y medio de nuestra libre actividad. La ciencia, pues, es solo un medio de prever, es decir, de conocer el orden en que deben sucederse los fenómenos. El hombre por lo tanto renunció á buscar la esencia de las cosas, cuyo conocimiento no podía suministrarle la revelación, y por consiguiente no puede emplear el silogismo para buscar lo que no sabe.

También en el orden político todo estaba antiguamente determinado y dispuesto según la jerarquía de las castas y de los intereses; mientras que el Cristianismo ordenó la reforma de la sociedad en que había nacido, introdujo en ella el progreso político, é hizo del orden social un campo de esfuerzos, de invenciones y de descubrimientos, no menos activos y prácticos que los de las ciencias naturales. El silogismo, pues, no podía hacer más que daño sosteniendo doctrinas prácticas que debían ser rechazadas tan luego como se apreciaban únicamente según los preceptos evangélicos.

16. PARALELO ENTRE PLATON Y ARISTÓTELES Y LA INFLUENCIA DE AMBOS.

«Platon y Aristóteles fueron los primeros maestros del arte de pensar, y puede decirse

(1) *Logica inutilis*, Opera. Lug., 1655, p. 27.

(2) P. J. B. BUCHER, *Essai d'un traité complet de philosophie, du point de vue du catholicisme et du progrès*. Paris, 1838-39.

que ambos abarcaron todo el círculo de las doctrinas griegas. El primero trató la filosofía como arte, el segundo como ciencia; en aquel vemos la razón pensadora en el tranquilo estado de la contemplación y admiración de la perfección más sublime, el último por el contrario, consideró la razón como una facultad y un medio de la actividad propia en sus operaciones, no solo como la fuerza motriz de todo el pensamiento y de todo el ser humano, sino también como la primera ley moral de toda actividad de la naturaleza y de sus varios fenómenos. Platon es el resumen del arte entre los Griegos, y Aristóteles el de su saber.

«Platon cuando combate contra los sofistas, siguiéndolos en su laberinto, se muestra sagaz y sutil, y aun muchas veces, á pesar del arte ático, de la amenidad de su ingenio y de la soltura y claridad de su idioma, es tan ininteligible y sofístico como la doctrina que combate, si bien queda siempre bastante claro y comprensible el pensamiento principal de su filosofía. Según Platon, se halla en el hombre una oscura reminiscencia de perfección divina, procedente de una esencia original infinitamente más noble y más espiritual. Este recuerdo innato de las cosas divinas es solo una reminiscencia y no una perfecta intuición y percepción, porque siendo el mundo sensible, imperfecto y mudable, nos llena de representaciones imperfectas, mudables, confusas y engañosas, y con esto oscurece aquella luz original. Por eso siempre que en el mundo sensible y en la naturaleza se muestra alguna cosa semejante á la Divinidad, ó por mejor decir, alguna copia de la perfección más sublime, entonces se despierta aquella antigua reminiscencia; el amor de lo bello llena y anima al que la contempla con una admiración que, á decir verdad, no se dirige á lo bello considerado en sí mismo, ó á su apariencia sensible, sino á su invisible tipo original. De esta admiración, de esta recordación nuevamente producida, de este entusiasmo que de pronto nos ocupa, trae su origen todo sublime conocimiento, toda verdad: por consiguiente, esta no es fruto de una fría y reflexiva meditación hecha según la voluntad y un arte propio, sino que es superior á la voluntad, á toda reflexión fría y á todo arte, emanando, por decirlo así, de una inspiración divina.

«Platon, pues, atribuyó á las nociones de Dios y de las cosas divinas un origen más sublime y sobrenatural, y esto es lo que propiamente distingue su doctrina. La parte dialéctica de sus obras es solamente negativa, y en ella combate el error con grande artificio, ó con otro mayor todavía y no superado por nadie, conduce poco á poco hasta los umbrales de la verdad. Pero cuando después quiere revelarla en la parte positiva de su doctrina, entonces, según costumbre de los Orientales, habla solamente valiéndose de símbolos y mitos y casi con un presentimiento poético, fiel y conforme en un todo á aquella doctrina fundamental de un origen

mas elevado de conocimientos, entusiasmo, inspiración ó revelación.

«No se debe disimular aquí que su filosofía quedó muy imperfecta, y que no se explicó con claridad y precisión; lo que aparece principalmente en la discordia entre la razón y el amor ó entusiasmo que reina en sus teorías. Cuando habla del amor de lo bello y del entusiasmo divino, cuando reconoce expresamente que estos movimientos de los cuales hace proceder todas las verdades más nobles, elevan el espíritu sobre los confines de la reflexión y del arte frío de raciocinar y contienen alguna cosa más sublime que cuanto se puede conseguir por medio de ellos, parece que adopta y supone una idea más viva y sentida de la Divinidad y de su perfección; pero después cuando emplea el arte puramente dialéctico, viene á parar con frecuencia á las usuales representaciones de una unidad inmutable y absoluta de la razón, como á la más alta idea de la perfección. En esta parte quedó circunscrito en cierto modo por la preponderancia que tuvieron sobre él los filósofos más antiguos. En general su doctrina quedó tan incompleta como él la dejó, y como esta hacía proceder la verdad divina solamente de las reminiscencias y la expresaba por medio de demostraciones simbólicas, ciertamente no fué más que una copia de la antigua filosofía asiática renovada en la Grecia, una explicación imperfecta y una inopinada preparación del Cristianismo, revestida de toda la belleza y de todo el arte de la cultura ática y de la sabiduría socrática respecto al buen régimen de vida.

«Por medio de esta última se preservó en parte Platon de las sutilezas y quimeras místicas, del mismo modo que sus primeros sucesores en Atenas, los cuales pasaron muy pronto del convencimiento de la imperfección de su filosofía á la inclinación hacia la duda y el escepticismo. Y esta inclinación á imaginar cosas oscuras se desarrolló después de tal manera entre sus discípulos, que se introdujo también en su modo de pensar y en sus principios fundamentales. El admitir una fuente de conocimientos sublime, sobrenatural é indeterminada, cual él la concebía y representaba bajo el aspecto de una oscura reminiscencia, de una inspiración y de una revelación superior que eleva al hombre sobre los límites de la reflexión, conduce precisamente este error, hasta tanto que no se encuentra alguna cosa diferente y más estable que pueda convertir este vacilante é incierto presentimiento de la verdad en un instrumento decisivo y claro para pensar con su auxilio y en una creencia verdadera para conducirnos en la vida, y hasta tanto que no se haga oír de nosotros la palabra divina por medio de la cual se descifra el enigma del Eterno y se descubre la falsa inspiración de la verdadera revelación.

«Si más tarde los discípulos de Platon trataron de completar su doctrina con ideas y tradiciones orientales, esto á decir verdad, del modo que ellos lo hicieron, no se conformó las más de las

veces con la cultura ática y el espíritu socrático de Platon; pero no fué contradictorio con su filosofía, ni al principio que adoptó de una fuente divina de conocimientos, porque en este mismo principio se fundaban, ya más, ya menos, todas las doctrinas y tradiciones orientales.

«No podemos aclarar tan fácilmente el principio fundamental de Aristóteles á causa de su oscuridad, de la cual se quejaron siempre aun en los tiempos más antiguos sus más constantes discípulos. Sin embargo, el espíritu de su filosofía se puede manifestar claramente en su resultado, y se conforma bastante bien con esa oscuridad tan universalmente reconocida y censurada. Mas ¿cómo pudo suceder que este grande ingenio, maestro perfecto del arte de pensar y del de manifestar los pensamientos, observador tan perspicaz, juez tan recto en todo lo experimental, y además verdadero inventor del modo de pensar con claridad, ó al menos el primero que echó los cimientos de la meditación científica y lógica, reduciéndola á sistema, respondiese de una manera tan oscura, incompleta é ininteligible á las más importantes cuestiones sobre el destino y sobre el origen del hombre y acerca de Dios y el mundo? La razón de esto es que él admitía solamente la razón y la experiencia como fuente de los conocimientos, porque aquella tan sublime que indicó Platon no le agradaba, ó le parecía muy contraria al carácter científico. Estas dos fuentes (la razón y la experiencia) trató él de unirlos de mil modos por medio de miembros intermedios, pues gustaba tanto de este método en todas las materias que hizo consistir la virtud en el acto de evitar los extremos, definiéndola el término medio entre dos defectos opuestos. Á este mismo método recurrió para examinar, al considerar científicamente el mundo exterior, la antigua contienda entre la opinión de una eternidad no sujeta á cambios, y las mutaciones que en todas las cosas se manifiestan continuamente. Decía que la causa primera y divina de todo movimiento era inmóvil en sí misma; pero en nuestro mundo subluar todas las cosas están sujetas á continuas mutaciones y á continuo movimiento. En el medio de estos extremos contrarios colocaba el cielo sideral ó el mundo de los astros, el que no se pone propiamente en movimiento por sí mismo, sino que lo efectúa enlazándose por medio de otro con la primera causa, porque su movimiento circular es perfecto y eterno. Del mismo modo para llenar el gran vacío que separa la facultad sensitiva de la razón, introdujo entre la una y la otra la idea de un entendimiento pasivo, de un sentido común objetivo.

«Todo esto puede ser motivo de admiración considerado bajo el punto de vista de la invención y de la sagacidad, aun cuando el hombre no se llegue á contentar plenamente con ello, y aun este método puede llevar á las más felices consecuencias siempre que se trate de abrazar un todo, y considerar bajo todos sus aspectos

cualquiera objeto particular que se nos presente. Pero á las preguntas que el hombre no puede ménos de hacerse acerca de su propio destino, de Dios, y del modo de entender y aclarar el enigma del mundo, todo lo criado y su causa primera y fundamental, ni la experiencia, ni la razon dan una respuesta satisfactoria. La experiencia material conduce por sí misma solo á la negacion y á la incredulidad, y la razon se confunde y solo puede responder con fórmulas incomprendibles á esas preguntas tan sencillas y naturales. De este último defecto adolece principalmente Aristóteles, cuya filosofía vacila entre el idealismo que no tiene fundamento en que apoyarse y el sistema experimental. Y si se atiende al mayor número de sus obras y de sus investigaciones, principalmente en la parte práctica de la física ó de la ciencia de la vida, aparece dominante el último de los dos sistemas mencionados, y Aristóteles se nos presenta en la antigüedad como el maestro del empirismo, no solo por la extension de su saber, sino tambien en consecuencia del método experimental que siguió en sus investigaciones y del principio fundamental que las dirigia. El concepto que sirva de base á su filosofía mas sublime es sin duda el concepto ideal de la actividad que se determina á sí misma, es decir, de la entelechia. Si él en lugar de la sublime y viva percepcion del todo, nos da solamente observaciones particulares sobre objetos singulares, ó cuando podia abrazar el todo, nos ofrece fórmulas vacías y simples abstracciones sobre la esencia de las cosas; es de notar que lo mismo hicieron todos los que siguieron á Aristóteles en un camino semejante, y que lo quisieron obtener todo del propio individuo, de la razon, ó de la experiencia, y rehusaron absolutamente reconocer ningun origen mas alto de los conocimientos, ninguna revelacion ni tradicion divina de la verdad.

» Muchos fueron los que siguieron en la filosofía la misma senda que Aristóteles, si bien para decir verdad, en la antigüedad tuvo pocos y separados partidarios; pero despues hubo un tiempo en que una legion de filósofos, que salieron de todas las escuelas del Oriente y Occidente empezó á profesar su doctrina sin adoptar el espíritu del maestro. De aquí provino que se hiciera pagar á este la pena de que eran culpables dichos filósofos, se rechazase y censurase enteramente al que ántes se habia divinizado, y lo que es mas notable que haya habido aun en nuestros días muchos que eran discípulos de Aristóteles sin saberlo, ya entre los que poco ó nada le conocian, ya entre los que se mostraban sus mas ardientes detractores y adversarios. Lo primero puede decirse de aquellos pocos que siguiendo el camino de la profunda reflexion, cayeron en la oscuridad de ideas en que habia caído Aristóteles, y lo segundo de los que empezando por Locke, no quisieron admitir sino la experiencia como fuente única de los conocimientos aun en la filosofía; pero que

despues cuando intentaron proceder científicamente, no pudieron renunciar del todo al pensamiento abstracto, ni tampoco dejar de usar ciertas fórmulas semejantes á las aristotélicas.

» En fin, estos dos grandes ingenios, Platon y Aristóteles, abarcaron en cierto modo todo el dominio del pensamiento y del saber humano. No fueron conocidos sino muy imperfectamente de sus contemporáneos; pero, ejercieron despues una influencia muy grande sobre la posteridad, de la que no solo dirigieron casi exclusivamente y por largo tiempo el espíritu en los objetos científicos, sino tambien con frecuencia en aquellos principios fundamentales que son la base de la ciencia de la vida. Y aun en nuestros días despues que el espíritu humano se ha hecho dos mil años mas viejo, y se ha perfeccionado y enriquecido por medio de tantos descubrimientos; despues que tenemos en lugar de los pocos libros que pudo leer Platon, bibliotecas enteras de admirables documentos antiguos ó ensayos de investigadores sagaces; despues que en fin el Cristianismo nos ha dado una verdadera idea de Dios y un conocimiento mas profundo del hombre; aun en nuestros días, vuelvo á decir, aquellos dos pensadores conservan toda su gloria, pudiéndose afirmar que todavía señalan los límites á que puede llegar el espíritu humano, y toda filosofía es aun precisamente ó platónica ó aristotélica, ó un ensayo de conciliacion entre las producciones de estos dos ingenios. El que admite cualquiera tradicion superior de la verdad ó fuente de conocimientos, se inclina á Platon, y entra en el terreno de su filosofía, la cual no es un sistema circunscrito, sino un arte soerático y un procedimiento del ingenio libre y capaz de ampliacion. Del mismo modo á aquellos que eligen el otro sendero de la razon y la experiencia les es difícil y casi imposible tanto el dejar de seguir, como el superar á Aristóteles, porque este en el camino que trazó es insuperable. La historia nos presenta pocos ejemplos de ingenios que como él hayan abarcado y dominado científicamente toda la experiencia de su siglo; en cuanto al raciocinio fué un maestro como no le ha habido jamas.

» De estos dos elementos se compone toda la filosofía de los Griegos tan excelente por su arte y extensa por su ciencia, pero muy insuficiente por su verdad. El espíritu de Platon permaneció dominante, y cada vez lo fué mas, tratándose solo de suplirle en la forma exterior y científica, en la que era incompleto, con algunas teorías de Aristóteles, y en la perfeccion íntima de su modo de ver con várias doctrinas y tradiciones orientales.»

(FED. SCHLEGEL, *Historia de la literatura.*)

§ 17. EPICURO.

Los padres de Epicuro eran de sangre ilustre; pero habian venido á tal pobreza que tu-

vieron que marchar á Sámos con los colonos que Aténas enviaba de tiempo en tiempo. Su padre se hizo en dicha isla maestro de escuela y su madre adivina: Epicuro acompañaba á esta, y en las ceremonias misteriosas se encargaba de proferir las palabras mágicas. Cuando tenia catorce años, un gramático explicaba delante de él el verso de Hesiodo: *Nació en un principio el Cáoos*, y el muchacho le preguntó: *¿Y de quién nació el Cáoos?* El maestro le respondió que la cuestion no era gramatical, que fuese y se la propusiera á los filósofos. Epicuro entonces determinó no tener en lo sucesivo mas maestros que filósofos. Se dedicó á leer á Anaxágoras, á Archelao y principalmente á Demócrito, de cuya física quedó admirado; despues se fué á Aténas, donde oyó á los platónicos Jenócrates y Pánfilo y al pitagórico Nausifanes, y cuando los Atenieses fueron arrojados de Sámos, Epicuro se reunió con su padre que habia huido á Colofon y allí fundó su primera escuela. Habitó despues en Mitilene y Lampsaco, y de treinta y seis años (305) pasó de África á Aténas. Aquí alcanzó triunfos indecibles, pues no solo acudieron á su jardin discípulos de toda la Grecia, sino tambien del Asia Menor, de la Siria y del Egipto, y todos ellos, amándose los unos á los otros, vivian en comunidad, como los discípulos de Pitágoras; pero sin renunciar sus propiedades. Sobre todo amaban á su maestro y profesaban mucho cariño á sus doctrinas, así que mientras vivió, solo Metrodoro de Estratónica pasó á otra escuela. Epicuro tenia mucho atractivo para la multitud, porque no poseia nada de lo que esta odia ó teme; no estaba dotado de aquellas cualidades eminentes que es menester hacerse perdonar, ni de aquella energía de carácter que hace exigente al que las posee, sino que era de una índole dulce, amable é igual, y capaz de amarlo todo, ya que no de amar con vehemencia; su benevolencia era universal y su desinterés una necesidad de su alma: en una gran carestía se le vió sin pretensiones de heroísmo partir con sus discípulos el pan y las frutas que le quedaban.

Eran tambien favorables las circunstancias. Despues de Platon y de Aristóteles la época de la investigacion habia pasado y las teorías causaban enfado. Epicuro profesaba una filosofía práctica. Hacía veinte años que la Grecia estaba toda conmovida, pues desde el Indo hasta la Macedonia una terrible revolucion todo lo trastornaba, mientras que en cien campos de batalla los capitanes de Alejandro se disputaban los fragmentos de su imperio; no habia seguridad, ni libertad, ni gloria. Entre tantos desastres Epicuro proclamaba el secreto de aquella sociedad corrompida, predicando el placer y la felicidad como los objetos supremos á que debia aspirar la humanidad. Su moral es la ciencia de los medios que conducen á la felicidad, y los obstáculos que impiden llegar á ella las ilusiones, las preocupaciones, y en suma nuestra ignorancia. Esta consiste en no saber las leyes de la

naturaleza exterior, y de ella nacen los temores supersticiosos, las vanas aprehensiones y las falsas esperanzas; su remedio es una física exacta y verdadera. La ignorancia consiste tambien en no saber las leyes y la capacidad de nuestra inteligencia, y para combatirla, estableció Epicuro aquellos medios generales de evitar el error, aquellas reglas de la canónica, esto es, de la lógica, que son como los prolegómenos de su física. Por consiguiente, esta presta su auxilio á la moral, y la canónica á la moral y á la física.

Empezando por la canónica, el objeto de Epicuro es hacer la lógica un arte sencillo y cómodo, y sustituir á las teorías difíciles del *Organon*, de Aristóteles, un pequeño número de reglas claras y precisas. Esta pretension, tan modesta en la apariencia, oculta un sistema que vamos á exponer.

Epicuro no admite mas que tres fuentes posibles de conocimientos, ó como él dice, tres criterios de la verdad, y son: las sensaciones (*αἰσθήσεις*), las prenocios (*πρᾶξεις*), y las pasiones (*πάθη*). Los objetos exteriores emiten continuamente ciertas emanaciones ó efluvios, que mediante los nervios llegan al alma y producen en ella las sensaciones. Esta era la teoría de Demócrito, á la que Epicuro añadió que la sensacion escapa á toda investigacion. En efecto, ¿cómo puede corregirse? ¿Por medio de otra sensacion de la misma naturaleza? Esta no tendria poder para ello. ¿Por medio de otra diferente? Cada una de ellas tiene un objeto distinto y no se refiere á las mismas cosas. ¿Por medio de la razon? Esta depende tambien de la sensacion. La sensacion, pues, es superior á toda investigacion. Al mismo tiempo es infalible, en atencion á que no es mas que un movimiento producido en nosotros, y este movimiento debe tener una causa. Mas esta causa no la indica la sensacion, sino la opinion; así que solamente de la opinion es de donde nace el error. Por ejemplo, cuando Oréstes creía ver las Furias, no tenia realmente á estas delante de su vista, y se engañaba creyendo que las imágenes que pensaba ver correspondian á objetos reales. Así, pues, solo la opinion es la que necesita corregirse. ¿Y quién será su juez? La sensacion. Así cuando miramos de lejos una torre cuadrada, la creemos redonda; pero si nos aproximamos, la vemos cual es.

De lo dicho nacen los cuatro cánones siguientes de las sensaciones: 1º los sentidos jamas engañan; 2º el error solo pertenece á la opinion; 3º la opinion es verdadera cuando los sentidos la confirman ó no la contradicen; 4º y es falsa cuando sucede lo contrario.

Se observa que los cánones 3º y 4º no están conformes, pues una opinion que los sentidos no contradicen, puede muy bien no ser confirmada por ellos. Por ejemplo, mis ojos no me dicen que la luna esté habitada; pero tampoco me aseguran lo contrario; de modo que la opinion de que la luna esté habitada, será ver-

dadera según el canon 3º y falsa según el 4º.

Mayor es todavía otra dificultad. Se dice que los sentidos no salen de su esfera, y que solo la opinión puede ocuparse de la existencia de los seres; mas se reconoce que esta se engaña en ciertos casos. Y entonces ¿quién la corregirá? ¿Acaso los sentidos, cuya incompetencia se ha manifestado? Esto sería nombrar juez de colores á un ciego.

Es, pues, evidente que hasta aquí no encontró Epicuro la certidumbre. ¿Y la encontró tal vez en las prenociones? La prenoción, según los epicúreos, es como la compresión; la opinión verdadera, el pensamiento, la idea general que se encuentra en nosotros, esto es, el recuerdo del objeto externo que á menudo se nos ofrece. Por ejemplo, en cuanto se profiere la palabra hombre, en virtud de la idea anticipada que nos han suministrado los sentidos, nos representamos la forma humana.

Todo esto se halla comprendido en los siguientes cánones: 1º toda prenoción viene de los sentidos; 2º la prenoción es el verdadero conocimiento y la definición de una cosa; 3º la prenoción es el principio de todo raciocinio; 4º lo que no es evidente por sí mismo debe demostrarse por medio de la prenoción de una cosa evidente.

La prenoción no es mas que una generalización de la experiencia sensible, y es necesaria en la definición, en el razonamiento y en todas las operaciones reflejas de la inteligencia; pero no da mas que la sensación, y por lo tanto tampoco puede servir de fundamento á la certidumbre.

Todavía quedan las impresiones del alma, los placeres, los dolores, en suma, las pasiones. Estas nos indican lo que es necesario hacer ó evitar, ó como dice Epicuro, el bien y el mal. La distinción entre el bien y el mal originada de las pasiones es el único fundamento de la moral de Epicuro. Los cánones que se refieren á ella constituyen esta moral, y nos ocuparemos de ellos, despues que la expongamos.

La canónica de Epicuro consiste, pues, en dos solas proposiciones: la sensación no nos hace conocer mas que á nosotros mismos, y toda certidumbre depende de la sensación. Esta pretendida simplificación es la negación de la lógica, y lo que es peor, el escepticismo de Protágoras, excluyendo la conciencia de sí mismo.

En la física, Epicuro toma de Demócrito la teoría de los átomos, si bien modificándola. Es cierto que este filósofo solo había concedido á los átomos las propiedades sin las cuales no puede existir la materia, y son la forma y la extensión, y que no les atribuía mas que tres clases de movimiento; el oscilatorio, único, esencial y primitivo; el rectilíneo, que nace del choque, y el circular. Pero con estos elementos ¿cómo se explica la formación del mundo? Demócrito recurre á la última razón de los físicos y de los poetas antiguos, la fata-

lidad. Mas la intervención de esta fatalidad terrible, misteriosa, inevitable, no era bastante para disipar los temores de los mortales. Epicuro quiere conseguir esto á toda costa, y para ello á la forma y extensión, cualidades esenciales, añade el peso, y esta sencilla adición basta para producir un cambio total. Si los átomos están dotados de peso, además de las tres clases de movimientos que indica Demócrito, es menester reconocer otro que incluya y absorba los tres primeros, y es el vertical. Los átomos están cayendo desde la eternidad en el vacío con una velocidad igual y paralelamente entre sí. Siendo esto así, es imposible que los átomos se encuentren, y no se puede explicar el mundo sino con la intervención de la Providencia ó del destino. Epicuro supone que en un momento dado de su caída, desviándose los átomos natural y espontáneamente de la vertical, se introduce en ellos un pequeño movimiento de declinación, en virtud del cual se encuentran, se combinan de varios modos y forman el mundo con todo lo que contiene. El mundo formado así, se mantiene con los mismos medios, pues los átomos en virtud de la fuerza que les es inherente, obran los unos sobre los otros, y se rechazan y atraen, de donde nacen los variados juegos de la naturaleza y las innumerables transformaciones que experimentan los cuerpos. En fin, para explicar todos los fenómenos, bastan el vacío, los átomos y sus movimientos.

Pero si los átomos constituyen la primera causa de cuanto existe, es menester abolir, no solo la idea del destino, sino también la creencia de una Divinidad, y entonces el ateísmo ocupa el puesto y la autoridad de una verdad necesaria. Sin embargo, Epicuro admite, no un Dios, sino muchos. Mas en un sistema en que los átomos son todo, ¿para qué pueden servir los dioses? Para explicar la creencia universal. Esta creencia es una prenoción del entendimiento, y como tal debe tener su causa, si bien no es necesario que tal causa sea una realidad. Los dioses no son cuerpos, esto es, no son seres, pues no hay razón para decir que lo sean. Sin embargo, es menester que sean alguna cosa, y en efecto, son imágenes que se forman en el aire, como las que nos aparecen en sueños, fantasmas de forma humana y de tamaño colosal.

Esta teodicea de Epicuro ¿está compuesta con buena intención? Algunos entre los antiguos lo dudaron, y el estóico Posidonio decía que Epicuro era uno de los partidarios del ateísmo. Como quiera que sea, estos dioses ambiguos son eternos, inmutables, indiferentes á las cosas humanas, y están enteramente ociosos, es decir, son completamente dichosos. Por consiguiente, es inútil dirigirles súplicas, aunque es justo venerarlos en el fondo del alma, y el que proclama que el placer es nuestro único fin, ordena que se tributen á los dioses homenajes, cuyo mérito consiste en el desinterés.

En un sistema semejante ¿qué es el alma? Es menester que exista porque produce fenómenos, y no hay mas que átomos y vacío. El alma es un cuerpo compuesto de átomos redondos, esto es, perfectamente móviles. ¿Y qué hace esta? Es la causa del movimiento y del reposo, calienta el cuerpo y siente. El movimiento es producido por el soplo ó por el espíritu, el reposo por el aire, y el calor por el fuego; luego el alma es un compuesto de aire, de espíritu y de fuego. Añádase á esto la causa de las sensaciones, cuarto elemento, sin nombre y de naturaleza muy sutil, elemento privilegiado que reside en el pecho, en tanto que los demás, difundidos por él, llevan á todas sus partes el movimiento, el calor y la vida. El cuerpo por su parte salva el alma de las influencias externas, le sirve de habitación y casi de baluarte. Cuando el cuerpo muere, el alma se disipa y perece.

La física y la canónica de Epicuro están enteramente conformes en sus resultados, porque si todo se conoce por medio de las sensaciones, no puede haber mas que cuerpos, y el alma es perecedera. Pero en sus principios se contradicen manifiestamente, supuesto que donde la sensación es todo, es claro que no puede tratarse de átomos, ni de sus diversos movimientos, ni del cuarto elemento que la vista no percibe ni el espíritu puede definir. — Y esta física ¿es al menos, como pretende Epicuro, una preparación para la felicidad? Baste decir que para librar al hombre de todo terror religioso suprime la Providencia, es decir, para quitarle las ilusiones, le arrebató la esperanza de otra vida, y esto es lo que él llama dar la paz al alma; mas esta no es la paz del alma, sino la de la tumba.

Pasemos ahora á la moral. Se ha demostrado muchas veces que el que hace del hombre un ser puramente sensible, y de la inteligencia una simple facultad de experimentar sensaciones, no puede dar idea alguna del deber, y de consiguiente ni de verdadera moral. En efecto, quitando toda idea de obligación, la única regla de conducta que puede darse es la de evitar el dolor y buscar el placer. Esta era la doctrina de la escuela cirenáica: la epicúrea fué menos atrevida y consecuente. La moral de Epicuro se halla toda contenida en un corto número de proposiciones íntimamente enlazadas entre sí y todas derivadas de un solo principio, el cual es que el fin del hombre, su supremo bien es la felicidad. Pero al autor de la canónica le negamos el derecho de hablar de felicidad, porque ¿cuál es la verdadera naturaleza de esta? La felicidad consiste en la satisfacción completa y simultánea de todos nuestros deseos y necesidades; con que deje de estar satisfecho uno solo, el alma está inquieta, el corazón suspira y la felicidad no existe. Ahora bien, ¿quién ignora que el corazón no se llena jamás en esta vida, y que el ser que concibe lo infinito, pronto se hastia de

los objetos sensibles? No se puede negar que una noción de lo infinito entra necesariamente en la definición de la felicidad del hombre, y se sabe que esta idea no proviene de la sensación. Sí; la felicidad es el verdadero fin del hombre; mas en este caso es menester decir que no muere todo con el cuerpo, supuesto que en esta vida no consigue su verdadero fin, que hay otra naturaleza además de la corpórea y perecedera, en vista de que la felicidad no es completa sino dura siempre, y en fin, que no todas las ideas del entendimiento se hallan comprendidas en la sensación, y de este modo el epicureísmo se destruye.

Pero prosigamos y veamos cómo entiende Epicuro esta noción de la felicidad. El elemento constitutivo de la felicidad, dice él, es el placer, y lo prueba con el argumento de los cirenáicos, el ejemplo de los animales, los cuales por solo el impulso de la naturaleza buscan el placer y evitan el dolor. Nada es mas exacto; pero entre el destino del hombre y el del bruto puede muy bien existir alguna diferencia. Mas la única diferencia, según Epicuro, es que el hombre no debe buscar al placer por ser tal, sino solo como medio de conseguir la felicidad. Hay que hacer por lo tanto elección entre los placeres, habiendo algunos que es menester evitar, así como hay dolores que se deben sufrir, por un interés bien entendido, esto es, por alcanzar la mayor felicidad posible. Esta escala de placeres, este buscar con tanto cálculo el mayor bien posible, forma el rasgo característico de Epicuro, por lo que es necesario detenernos en este punto.

Todos los placeres pueden dividirse en dos grandes clases. Los que pertenecen á la primera son tumultuosos y violentos, y resultan del grande desarrollo de la actividad física. Su goce es inquieto y muchas veces amargas sus consecuencias. Estos eran los que admitía la escuela cirenáica y Epicuro los llama placeres en movimiento *ἡδονὴ ἐν κινήσει*. Los placeres de la segunda clase son mas dulces y completos, nos satisfacen y llenan en medio de la paz del alma y la calma de las pasiones, y Epicuro los llama placeres en reposo *ἡδονὴ κατὰστατική*. Este filósofo no proscribía los placeres de los sentidos, antes los recomienda cuando pueden servir á la felicidad; mas prefiere los del alma, el goce pacífico y tranquilo. Antes de elogiarle por esto, veamos qué entiende por placeres del alma.

En una obra sobre el fin del hombre dice: «Yo no concibo el bien haciendo abstracción de los placeres del gusto, del amor y de la contemplación de las formas bellas,» y en otra parte: «El principio y raíz de todo bien es el placer del estómago.» Pero en otros muchos lugares manifiesta hacer poco caso de los placeres de los sentidos; sin embargo, esto no es una contradicción. El carácter del placer en movimiento es el referirse solo á lo presente y durar un instante mas. El placer que la me-

moria nos produce ó el pensamiento nos hace prever con certeza, es un placer del alma. Una salud perfecta y asegurada y los goces anticipados del cuerpo son placeres de esta clase, según la doctrina epicúrea.

De todos los medios de procurarse placeres, el mas eficaz y poderoso es la virtud: así que todo el secreto de ser feliz consiste en ser virtuoso. Esto en boca de Epicuro debe causar admiración. Si la virtud existe, no puede ser un simple medio para adquirir el placer, sino que debe obligar con su carácter sagrado y santo, y llegar á ser la regla inmutable de las acciones humanas; en cuyo caso no tiene lugar la doctrina del placer. Además, si es verdad que la virtud lleva consigo la propia recompensa y que es el mas dulce de todos los placeres, debe de ser sincera; así que el que es virtuoso por la esperanza de la recompensa llega á hacerse interesado, y por esto mismo no tiene recompensa. Se nos propone, pues, una cosa imposible, y no se sabe en qué consiste la virtud de Epicuro.

La virtud por excelencia es la prudencia; no aquella socrática que produce la templanza y medida en todas nuestras acciones, sino la que calcula y sabe sacar partido de una situación determinada. Por la prudencia el sabio se abstiene del peso de los cargos públicos; por ella renuncia á ser esposo y padre; por ella observa las leyes de su país, reflexionando que estas le protegen contra la audacia de los malos, y que si las infringe no está seguro de su impunidad; y finalmente por ella trata de atesorar, adula cuando hay necesidad á los poderosos y se entrega al entusiasmo de la amistad con la mira de sacar provecho para lo futuro. Epicuro da á este egoísmo el bello nombre de *vida sin turbación á ataxia*.

Las demás virtudes son la fortaleza que sirve para libertarse, siempre con una mira interesada, de las vanas supersticiones y de los temores imaginarios; después la justicia, que consiste en la observancia de un pretendido contrato social, fundado también en el interés, y finalmente la templanza; pero no la del hombre libre, sino la del mercader que teme quedarse sin lo necesario. « Nuestros deseos, dice Epicuro, son de tres especies: naturales y necesarios, como el hambre y la sed; naturales y no necesarios, como la pasión por los alimentos delicados, y facticios, como la de los licores fuertes. El sabio proscribiera estos últimos, enfrena con prudencia los segundos y satisface los demás. » Á la felicidad del sabio debe bastar lo estrictamente necesario. Con pan de cebada y agua se puede ser tan feliz como Júpiter. » En esto el epicureísmo parece acercarse al estoicismo; pero en el fondo hay una gran diferencia. Zenon renuncia al placer porque le cree malo é incompatible con la libertad del sabio; mientras que Epicuro se abandonaría á él, si estuviese cierto de disfrutarle siempre. El epicureísmo es tan tímido, como heroico el estoicismo.

Tal es la virtud epicúrea, es decir, solamente

un medio de proporcionarse placeres. Toda su moral se reduce á los cánones siguientes, que constituyen la regla de las pasiones. 1º Gócese aquel placer á que no deba seguir ningún dolor; 2º evítase el dolor que no produzca ningún placer; 3º proscribese el goce que haya de privarnos de otro mayor, ó causarnos mas dolor que placer; 4º súfrase el dolor que nos libra de otro mayor ó al que deba seguir un gran placer.

Si recapitulamos estos cánones, la única regla de conducta que resulta es buscar el placer mayor que sea posible. La principal gloria de Epicuro consiste en haber sido toda su vida un observador sincero de semejante moral, sin dejarse llevar de la fuerza que arrastra á los partidarios del placer á la licencia, y de esta á la abyección. Muchos se admirarán de que este maestro en materia de placeres se alimentase con pan y agua y que escribiese á un discípulo suyo que le enviara un poco de queso para poder regalarse cuando le pareciera. « Epicuro, » dice Séneca, no gastaba un sueldo para su mantenimiento diario, y Metrodoro, ménos comedido que su maestro, gastaba un sueldo entero. » Cierta alegría interior le indemnizaba de semejantes privaciones. En sus últimos días, atormentado con un mal de piedra, no perdió la serenidad de su alma en medio de los mas vivos dolores y procuraba distraerse con la contemplación de la naturaleza; cuando conoció que se acercaba su fin, dejó su jardín á sus discípulos, y murió á los setenta y un años (270).

Durante una vida consagrada á la enseñanza y atormentada con mil dolencias, halló el tiempo suficiente para escribir trescientos volúmenes: por esto no es de admirar que les falte elegancia y corrección. Pero de tantas obras no nos quedaban mas que cuatro cartas y algunos fragmentos, hasta que entre las cenizas de Herculano se encontró parte de su tratado sobre la naturaleza.

Por lo que hace á la originalidad, ni Epicuro, ni su escuela la tuvieron. En tanto que quedaron vestigios de la antigua filosofía, muchos amantes de los deleites concurrieron en Grecia y Roma á las escuelas epicúreas; pero á pesar de su gran número no salió de todos ellos en el transcurso de muchos siglos un solo hombre eminente, un pensador original. Esta esterilidad se explica en parte con el espíritu únicamente práctico de los epicúreos de todos los tiempos, con el mismo carácter de la doctrina epicúrea y con la molición de los hombres que la tomaron por norma.

Aunque los escritos de Epicuro se hayan perdido, su sistema es casualmente el mejor conocido entre los antiguos. Ciceron, Séneca, Plutarco y los Padres de la Iglesia le exponen y examinan en mil lugares de sus obras: Diógenes Laercio se extiende particularmente al hablar de él, y después de siglo y medio de la muerte del fundador, el epicureísmo tuvo en Lucrecio un poeta inspirado y fiel intérprete.

(Dict. des sciences philosophiques.)

NUM. V

ZENON.

De la secta estoica.

Nadie podía presumir que de los ingeniosos ensayos de las precedentes sectas filosóficas se hiciese una aplicación general. Zenon de Cícico, hombre de un ingenio vasto y de extraordinaria grandeza de alma, se estableció en Atenas para consagrarse á los estudios filosóficos. Las *Memorias* de Jenofonte sobre Sócrates comenzaron á iniciarle en los misterios de la filosofía, cuyas investigaciones prácticas llegaron á ser para él de grande interés, aunque conoció también á muchos filósofos de la secta megárica, principalmente á Estilpon, y á algunos sofistas. Mas por otra parte sus relaciones con los platónicos, secta entonces muy extendida, unidas á la lectura del libro de Heráclito *sobre la naturaleza*, no le permitieron descuidar las investigaciones teóricas á semejanza de los discípulos de Sócrates, de Antístenes y de Aristipo, ántes bien se aplicó á ellas con ardor y trató principalmente de combinar la lógica, la física y la moral, de modo que creó un sistema bastante perfecto para poner un término á las controversias de las escuelas filosóficas dominantes, y para establecer la verdad y la virtud sobre bases sólidas é inaccesibles al escepticismo.

Él creyó encontrar la verdad esparcida en muchos sistemas filosóficos de su tiempo, aunque la suponía mezclada con el error, por lo tanto tuvo por mas acertado para conseguir su fin, hacerse ecléctico, esto es, eligiendo lo que le parecia mas verdadero llenando después los vacíos con lo que le sugería su propio ingenio y el encadenamiento de las ideas. La filosofía práctica fué la única que él consideró y trató bajo un punto de vista original.

De tal manera estableció su sistema, que vino á ser el término medio de todos los demás; le explicó bajo el pórtico (Stoa), lugar adornado con los cuadros de los mas célebres pintores, de donde tomó el nombre de *estoica* la escuela que fundó. Su excelente carácter le granjeó la estimación del pueblo ateniense, y estando

próximo á la vejez, se suicidó (260 á de C.), porque habiéndosele roto un dedo, se le hizo la vida insoportable. Hicieronse exequias á expensas del pueblo y se le erigieron estatuas.

Esperaba este filósofo conciliar su sistema con el de las otras sectas; pero sucedió todo lo contrario, y tuvo que sostener contra ellas, y señaladamente contra la de los epicúreos, los académicos y los pirrónicos, vivos ataques que ni aun cesaron con su muerte, sino que continuaron hasta la extinción de su escuela.

Zenon y sus sucesores fueron de aquellos que primero trataron de fijar la idea que debe darse á la voz filosofía y determinar el objeto y los límites de la ciencia. Creían llegar á esta idea por medio del análisis de la virtud, voz que ellos consideraban como sinónima de perfección; porque la perfección de que el hombre es susceptible bajo cualquiera aspecto que sea, les parecia el único objeto de la ciencia filosófica.

Pero la perfección del hombre se compone de tres cosas, perfección del pensamiento, perfección del conocimiento del objeto y perfección de las acciones; de aquí nacieron las tres partes en que se divide la filosofía, á saber: lógica, física y ética.

Todas las definiciones que los estoicos han dado de la esencia y del objeto de la filosofía, se refieren á su análisis de la virtud, como son las siguientes: « La filosofía es el arte de perfeccionar las propias ideas; la filosofía es el estudio de la virtud, etc. » La idea de la virtud está aquí tomada en su mayor extensión.

Los estoicos conservaban como empiricos todos los conocimientos, y negaban toda diferencia entre lo material y lo inmaterial, pues aunque consideraban el alma como una sustancia diversa y separada del cuerpo, no obstante la creían material. Concedían á esta una simple disposición á recibir las impresiones, á la que llamaban *imaginación* en toda la extensión del significado, y la suponían origen de las ideas, las cuales resultan de la huella que dejan las impresiones reales.

El alma, cuando se ocupa en conocer un objeto, es puramente pasiva; es una sustancia